

LEONARDO PADURA
IR A LA HABANA

Fotografías de Carlos T. Cairo
Coordinación editorial de Claudia Acevedo

TUSQUETS
EDITORES

- 1.^a edición: octubre de 2024
- 2.^a edición: octubre de 2024
- 3.^a edición: noviembre de 2024
- 4.^a edición: diciembre de 2024

© Leonardo Padura, 2024

© Fotografías de cubierta e interior © Carlos T. Cairo y Claudia Acevedo, 2024

En la segunda parte, el capítulo 2 apareció en *Corriere della Sera* (agosto de 2015), y el 3 en IPS (ambos, fueron recogidos en *El alma de las cosas*).

Los capítulos 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11, en *Juventud Rebelde* (y, salvo el 8, fueron recogidos en *El viaje más largo*).

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-519-0

Depósito legal: B. 14.103-2024

Fotocomposición: Aurelia Ediciones

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

Preliminar	9
------------------	---

Primera parte: Cómo llegué de Mantilla a La Habana

1. La ciudad y sus fantasmas	15
2. Un mantillero va a La Habana	18
3. La ciudad y el tiempo	27
4. Un pelotero en Mantilla	38
5. Una revolución, y después una Ofensiva... Revolucionaria	52
6. La ciudad socialista	60
7. La novela de mi vida	69
8. La ciudad cinematográfica	82
9. Las máscaras de la urbe	87
10. La Habana en tinieblas	93
11. Comer, comer	103
12. Construir algo y sufrir la «ajenitud»	112
13. Escribir la ciudad	117
14. La ciudad del siglo XXI	123
15. La urbanidad perdida	130
16. Tribus en La Habana	138
17. Los nómadas	142
18. Las caras de una ciudad	150

19. La Habana pandémica y post	159
20. Apocalipsis Now	166

Segunda parte: La ciudad, memoria de algunos barrios, y de algunos personajes

1. Mi pasado perfecto	178
2. Entre el Malecón y la nostalgia	191
3. La Rampa	196
4. El Calvario, memorias del olvido	202
5. La Maestranza, último capítulo de una larga historia	210
6. Casablanca, según pasan los años	217
7. Barrio Chino: el viaje más largo	225
8. Xifré, Samà, Martí y otros catalanes en Cuba	240
9. Yarini, el rey. Vida, pasión y muerte del más célebre proxeneta cubano	269
10. La noche triste de Chano Pozo	290
11. Chori	311

Epílogo: La Habana llora	321
--------------------------------	-----

1

La ciudad y sus fantasmas

Un día, seguramente caluroso y posiblemente de 1965, un grupo de mis amigos del barrio y yo —recuerdo a Jorge el Conejo, Danilo el Gordo y a Felicio el Negro— nos atrevimos a realizar al fin una siempre planificada cacería de fantasmas y misterios: así, armados de palos y de piedras, como exigía la aventura, nos habíamos arriesgado a entrar en el lóbrego y en ese momento abandonado recinto donde, desde la segunda década del siglo xx, se levanta el llamado Castillo de Averhoff. Aquella intrépida incursión, que, para nuestra decepción, resultó infructuosa (al menos en su intención fantasmal), en cambio me reportó como ganancia una visión que resultaría premonitoria y que entonces no fui capaz de descifrar, porque no podía descifrarla y porque la premonición solo se cumpliría en un futuro que aún tardaría décadas en llegar.

Este edificio, ubicado en lo que en aquellos años todavía era el lindero meridional del poblado, es una especie de alcázar, ecléctico y plebeyo, concebido como morada burguesa. Con su estilo más o menos inglés, sus tejados rojos y suelos de mármol y unas ridículas atalayas más decorativas que funcionales, el castillo se distingue no solo por su estructura singular y anacrónica dentro de la fisonomía de la zona, sino también porque corona la única colina de

Mantilla, el barrio del sur habanero en el que nací en 1955 y donde aún vivo, en 2024.

Hasta los días de la Revolución de 1933, cuando sus propietarios huyeron de la ira popular y lo abandonaron, el inmueble había servido como finca de recreo de la familia Averhoff-Sarrá, y, desde su misma inauguración, la inflamada imaginación de mis coterráneos había convertido el sitio en nido de leyendas de orgías (al parecer reales) y luego en morada de sanguinarios orangutanes torturadores, y los habituales zombis y fantasmas inquietos que suele haber en los castillos.

En algún momento de la expedición, sin ningún motivo todavía discernible que no fuera la demostración de mi valentía, recuerdo con alarmante nitidez que me separé de mis compañeros y subí al tenebroso piso superior del edificio. Allí, luego de espantar murciélagos y otras alimañas, trepé por una ventana desvencijada para salir a una especie de terraza que, por su ubicación, quizás había sido concebida como el privilegiado mirador del inmueble. Y en ese momento sufrí una verdadera conmoción: ante mis ojos, encandilados por el sol, de sur a norte, de este a oeste, desde mi vecindario periférico hasta el mar de la envolvente bahía que mira a la corriente del Golfo y el estrecho de la Florida, se extendía sin interferencias el plano abigarrado de la ciudad en la que había nacido (eso lo sabía), la ciudad donde viviría (eso era lo que, supongo, esperaba que sucediera y debía suceder), la misma en la cual, contra todo pronóstico, se asentaría y desarrollaría algo que el niño mataperros* mantillero de entonces ni sabía ni esperaba ni suponía que llegaría, porque nada en mi vida anunciaba que me podría suceder y me sucedería: la posibilidad de escribir mi literatura.

* En Cuba los niños mataperros no matamos perros. Son los que vagan por las calles haciendo sus correrías.

Pero ahí, exhibiéndose, tentadora, asediada por el sol del trópico, estaba La Habana, toda La Habana, abierta como un abanico, intrincada como un misterio, incitante como una invitación a descubrirla, a poseerla, a emprender la fiesta innombrable en la que he bailado durante todos estos años, que van siendo muchos, los años que he dedicado a esto, a escribir en la ciudad, sobre ella, con el espíritu, el idioma, la historia visible y oculta de este sitio mágico y entrañable al que pertenezco.

Lástima de lugar, ¿verdad?... Pero fíjese que todavía esta ciudad tiene algo mágico, como un espíritu poético invencible, ¿no? Mire, aunque las ruinas circundantes sean cada vez más extensas y la mugre pretenda tragárselo todo, todavía esta ciudad tiene alma, señor Conde, y no son muchas las ciudades del mundo que pueden vanagloriarse de tener el alma así, a flor de piel...

1989. *Máscaras* (1997), pág. 137*

* En cada fragmento de las novelas que voy citando aparecen indicados: el año al que se refiere el suceso o comentario extraído, el título de la obra, el año de publicación y la página citada, según la edición de la colección Andanzas de Tusquets Editores.

2

Un mantillero va a La Habana

La circunstancia geográfica y sentimental de haber nacido en Mantilla, el barrio que se desparrama desde la colina coronada por el castillo de Octavio Averhoff, mucho ha tenido que ver con la relación física, espiritual y finalmente literaria que he sostenido con este espacio urbano y con la gente que lo puebla y lo ha poblado, confiriéndole una identidad muy definida y dándole, de muchas formas, un carácter a mi propia personalidad, a mis maneras de entender y practicar la vida.

Porque cuando nací, en 1955, y ya cuando tuve uso de razón y empecé a tener nociones del mundo en que vivía, de manera natural incorporé a mi lenguaje una importante precisión que desbordaba una simple cuestión espacial, pues advertía de la condición geográfica aunque también espiritual de mi barrio: en mi casa a cualquier desplazamiento desde Mantilla hacia los centros comerciales, institucionales e históricos de la ciudad se le decía «ir a La Habana».*

La expresión, que todavía uso, debió de haberse acuñado al menos un siglo antes, cuando Mantilla era apenas un caserío extraviado a la vera del Camino Real que conectaba

* En otros puntos de la ciudad, también se solía usar esa misma frase respecto al desplazamiento hacia el centro urbano.

el mar del norte y el del sur de la provincia (la maldita circunstancia del agua por todas partes) y ni siquiera tenía categoría de término municipal, y mucho menos una iglesia o cualquier entidad oficial. Esa fue la época —o tal vez ocurrió antes— en que un tatarabuelo de apellido Padura, quizás vasco, quizás ya cubano, sentó sus reales en este territorio y, con dos o tres familias más, dio origen al asentamiento periférico que crecería casi al mismo ritmo que la estirpe marcada con ese apellido llegado a Cuba no se sabe cuándo ni cómo desde las montañas de Vizcaya.

Mario Conde nació en un barrio bullanguero y polvoriento que, según la crónica familiar, había sido fundado por su tatarabuelo paterno, un isleño frenético que prefirió aquella tierra estéril, alejada del mar y de los ríos, para levantar su casa, crear su familia y esperar la muerte lejos de la justicia que aún lo buscaba en Madrid, Las Palmas y Sevilla. El barrio de los Condes nunca conoció la prosperidad ni la elegancia, y sin embargo creció al ritmo geométrico de la estirpe del canario estafador y absolutamente plebeyo que tanto se entusiasmó con su nuevo apellido y su mujer cubana de la que tuvo dieciocho hijos a los que hizo jurar, a cada uno en su momento, que tendrían a su vez no menos de diez hijos y que incluso las hembras les pondrían a sus vástagos como primer apellido aquel Conde que los haría distintos en el barrio.

1989. *Pasado perfecto* (2000), pág. 101

En aquella geografía precisa habían nacido sus abuelos, su padre, sus tíos y él mismo y deambular por aquella Calzada, que vino a tapizar el antiguo sendero por el que viajaban hacia la ciudad las mejores frutas de las arboledas del sur, era una pe-

reginación hacia sí mismo hasta límites que pertenecían ya a las memorias heredadas de sus mayores. Desde que el Conde naciera hasta entonces aquella ruta había cambiado más que en los doscientos años anteriores, cuando los primeros canarios fundaron un par de pueblos más allá del barrio y comenzaron el negocio de la cosecha de frutas y verduras, al que luego se sumarían algunas decenas de chinos. Un camino de polvo y unas casas de madera y teja en la guardarraya fueron acercando aquellos confines del mundo a la agitada capital y, justo por la época en que nacía el Conde, el barrio ya era parte de la ciudad, y se pobló de bares, bodegas, un club de billar, ferreterías, farmacias y un paradero de ómnibus, moderno y competente, encargado de hacer más cercana aquella participación citadina conseguida por el barrio. Entonces las noches se fueron haciendo largas, iluminadas, concurridas, con una alegría pobre pero despreocupada de la que el Conde solo tenía algunos recuerdos desgastados por el tiempo.

1989. *Vientos de cuaresma* (2001), págs. 84-85

Con mis padres, primero a bordo del indestructible Chevrolet 1952 y luego del vistoso Plymouth 1958 «cola de pato» que hasta hace poco formó parte de la familia, desde muy niño yo empecé a «ir a La Habana», ese sitio pletórico de atractivos, al cual sentíamos que pertenecíamos y a la vez no pertenecíamos. Y desde entonces conocí la Habana Vieja o colonial; recorrí el centro urbano desplegado por las calles Galiano, Belascoáin, San Rafael, Monte y la antigua Calzada de la Reina, con sus elegantes tiendas por departamentos y atractivas vidrieras; visité la capital turística de clubes sociales y espacios festivos propicios para banquetes

y celebraciones cumpleaños; y también sufrí La Habana atemorizante de los hospitales y clínicas a las que necesité ir en algún momento. De aquellos recorridos infantiles, a fines de la década de 1950 y principios de 1960, se me han quedado prendidos algunos recuerdos que todavía hoy puedo evocar con absoluta transparencia, a pesar de que, de la mayoría de los sitios que los engendraron, ya hace décadas apenas quedan trazas de cómo fue su antigua existencia o, peor, simplemente se esfumaron.

Porque, como es sabido, en 1959 se había producido en Cuba el triunfo de la revolución de Fidel Castro, un proceso histórico que muy pronto y mucho cambiaría la vida del país y, por supuesto, la vida de la ciudad y de sus habitantes. Pero en los albores de la década de 1960, La Habana en revolución aún se desplazaría durante un buen tiempo por el esplendor luminoso que había alcanzado su clímax en los equívocos días de la década anterior, cuando pretendió convertirse en el Montecarlo del Caribe, el corazón de las Cien Millas de oro que cubrirían una parte del litoral norte de la isla que da la cara al estrecho de la Florida. Es La Habana que ya era una gran metrópoli cuando Miami apenas existía y que por entonces se proponía ser más atractiva y asequible al turismo que Las Vegas, pues, como la ciudad naciente en el desierto norteamericano, tendría todas las atracciones imaginables, pero con el decisivo añadido de poseer las privilegiadas condiciones geográficas que podía brindar una villa tropical flanqueada de playas de arenas muy blancas, al borde del mar cálido del golfo de México y con una historia y muchas tradiciones auestas. Era La Habana en donde Ernest Hemingway vivía y bebía daiquiris gigantesco en El Floridita, en la que Nat King Cole cantaba en Tropicana (*The most famous cabaret in the world*), que recorrían Marlon Brando, Ava Gardner y Errol Flynn y donde se filmaba

Nuestro hombre en La Habana, y que, en una época de dura represión política y galopante corrupción institucional, crecía en función de la industria del turismo y el ocio..., una empresa comercial muchas veces regentada y organizada por la mafia bajo la mirada avispada de Meyer Lansky, establecido por largas temporadas en la capital cubana, donde el cerebro comercial de la Cosa Nostra tenía casa, amores y sueños de grandeza.*

Recorrer en Navidad las zonas comerciales de la ciudad para contemplar las vidrieras montadas con productos brillantes, engalanadas con luminarias, muchos juguetes apetecibles, árboles nevados, nacimientos del Niño Jesús y hasta barbudos Santa Claus de más reciente importación, trazó una muesca indeleble en mi memoria infantil, un recuerdo que viene acompañado por los colores de luces y objetos y la sensación del frío que solía hacer en diciembre (¿adónde se fue el frío de diciembre?). Y aunque seguramente estoy equivocado, sigo convencido de que nunca, en mis muchos recorridos por el mundo, he vuelto a ver y sentir el hechizo de semejante belleza concentrada, capaz de deslumbrar con su avasallante poder a un niño de pocos años. Todo era atractivo, magnético, prometededor de placeres y quiero creer que verdaderamente hermoso.

A la vez, visitar la pobrísima casa de mis tías en el corazón de la Habana Vieja y sentir la energía intensa y variopinta de lo que por tres décadas había sido (y ya en 1960 dejaba de ser) la muy animada y estridente judería habanera, con restaurantes, comercios, cines, cafeterías y heladerías de toda laya y todavía

* Además de *Nuestro hombre en La Habana* (Carol Reed, 1959), dos visiones de esa ciudad de la década de 1950 han recorrido el mundo en producciones de Hollywood: *Habana* (Sydney Pollack, 1990) y la segunda parte de *El padrino* (Francis Ford Coppola, 1974).

en activo y eficiente funcionamiento, implicó para mi sensibilidad de niño un aprendizaje acelerado de lo que era la vida más real de la ciudad más viva y auténtica, con sus calles estrechas, incluso sombrías, de las que siempre emanaba el vaho dulzón del gas butano que mi olfato nunca ha olvidado. Allí la belleza brillante y diseñada de las vidrieras de la zona comercial era sustituida por el más intenso abigarramiento físico, espiritual, cultural, étnico, religioso, mercantil, un entramado de progreso y tradición, de miseria y éxito que perfilaba uno de los rostros más auténticos y excitantes de la capital cubana. Allí el dinero se contaba en centavos y rara vez en pesos, y lo que eso implicaba para una parte de mi familia también lo aprendí... Y luego conocería que ese había sido el rincón urbano por donde se había exhibido en su caballo blanco y con sus perros labradores Alberto Yarini, el mismo sitio al cual había llegado escapando del fascismo y donde viviría varios años el personaje de Daniel Kaminsky, un judío hereje.

Varios años le tomaría a Daniel Kaminsky llegar a aclimatarse a los ruidos exultantes de una ciudad que se levantaba sobre la más desembozada algarabía. Muy pronto había descubierto que allí todo se trataba y se resolvía a gritos, todo rechinaba por el óxido y la humedad, los autos avanzaban entre explosiones y ronquidos de motores o largos bramidos de claxon, los perros ladraban con o sin motivo y los gallos cantaban incluso a medianoche, mientras cada vendedor se anunciaba con un pito, una campana, una trompeta, un silbido, una matraca, un caramillo, una copla bien timbrada o un simple alarido. Había encajado en una ciudad en la que, para colmo, cada noche, a las nueve en punto, retumbaba un cañonazo sin que hubiese guerra declarada ni murallas para cerrar y donde siempre, siempre, en épocas de bonanza y en momentos de aprieto, alguien oía música y, además, la cantaba.

[...] Como era de esperar, cuando Daniel Kaminsky cayó en la ciudad de las estridencias, durante mucho tiempo recibiría los embates de aquel explosivo estado sonoro como una ráfaga de alarmas capaz de sobresaltarlo, hasta que con los años consiguió comprender que en ese nuevo mundo lo más peligroso solía venir precedido por el silencio. Vencida aquella etapa, cuando al fin logró vivir entre ruidos sin escuchar los ruidos, como se respira el aire sin conciencia de cada inhalación, el joven Daniel descubrió que ya había perdido la capacidad de apreciar las benéficas cualidades del silencio. Pero se ufanaría, sobre todo, de haber conseguido reconciliarse con el estrépito de La Habana, pues, al mismo tiempo, había alcanzado el empeinado propósito de sentir que pertenecía a aquella ciudad turbulenta adonde, por suerte para él, había sido arrojado por el empuje de una maldición histórica o divina —y hasta el final de su existencia dudaría respecto a la más atinada de esas atribuciones.

1939. *Herejes* (2013), págs. 17-18

De lo que tampoco podía tener entonces la menor idea o sospecha era de que semejantes visiones, percepciones y sensaciones de la ciudad, a las que podría agregar las imágenes ya asimiladas de mi barrio periférico y natal, pronto comenzarían a vivir su agonía hasta esfumarse o transformarse en una versión urbana que año tras año se iría despojando de sitios, de referencias, de posibilidades y de muchos de sus atractivos originales, no siempre sustituidos con alguna alternativa satisfactoria, en lo que ha sido un largo proceso que podría calificar de decadencia, más que de evolución o cambio. Un primer paso en un dilatado tránsito hacia la

deconstrucción y un extrañamiento que podría calificar de urticante sensación de «ajenitud», que, sibilina y progresivamente, se han instaurado en mi ciudad o al menos en mis percepciones sobre ella.

Porque pronto comenzaría a ver cómo las luces se iban apagando, las vidrieras languideciendo, las calles y edificios agrietándose y tanta gente muriendo o huyendo o apenas sobreviviendo, en lo que ha sido un doloroso proceso que aún hoy, más de seis décadas después, no termina, o más bien se acelera... Y es que mientras yo crecía y comenzaba a tener raciocinio, a mi alrededor se iniciaba el desarrollo de una travesía social, histórica, política y económica llamada Revolución que, como su nombre lo advierte, trastocaría las cosas, las revolvería, las voltearía: y La Habana sufrió ese vértigo de huracán que lo cambia todo, altera las fisonomías y a su paso arrasa con tantas cosas. Y yo he vivido y contemplado ese dramático transcurso cada día, mes y año de mi existencia, con mi barrio y mi ciudad, en mi barrio y en mi ciudad, hasta este presente que, con tantos cambios reales y proyectos nunca realizados a cuestras, no consiguió construir el futuro luminoso que nos prometieron.

Aquel paseo en solitario por el barrio era un placer que cada cierto tiempo el Conde se concedía [...] Avanzando hacia su casa, de cara al viento y dejando que la brisa arrastrara minutos vacíos, el Conde sintió otra vez la comunión sentimental que lo ligaba a aquella calle mal pintada y sucia en la que faltaban ya muchos jirones de sus propias remembranzas: el puesto de fritas del Albino, junto a la escuela donde estudió varios años; la panadería demolida, a la que cada tarde iba en busca de un pan tibio y generoso; el bar El Castillito, con su victrola cargada de voces que siempre encontraban algún borracho dispuesto a hacerles la segunda; la guarapera de

Porfirio; la sociedad de las guagüeros; la barbería de Chilo y Pedro, devastada por el único incendio realmente feroz en la historia del barrio; el salón de bailes, convertido en escuela, donde un día de 1949 se produjo la misteriosa conjunción sentimental de aquellos adolescentes que hasta entonces ignoraban cada uno la existencia del otro y que unos años después serían sus padres; y la ausencia notable de la valla de gallos donde se forjaron todos los sueños de grandeza de su abuelo Rufino el Conde, convertida ahora en un solar yermo de donde habían desaparecido los jaulones, el olor de las plumas, el círculo de los combates y hasta las estampas prehistóricas de los tamarindos que él había aprendido a trepar bajo la mirada experta del abuelo. Sin embargo, hasta en la tristeza de sus ausencias, en sus desolaciones, en sus nostalgias irrecuperables aquel ámbito era el suyo porque allí había crecido y aprendido las primeras leyes de una selva de siglo xx tan esquemática en sus dictámenes como las reglas de una tribu en plena edad de piedra: había aprendido el código supremo de la hombría que estipulaba que los hombres son hombres y no hay que pregonarlo, pero hay que demostrarlo cada vez que sea necesario.

1989. *Vientos de cuaresma* (2001), págs. 84-85